

# Exterminación, un bazar de las culturas

## Sobre la actualidad del antiracismo

Por ALEX GRUBER

En la mayor manifestación organizada en Viena, con motivo del abordaje de la Armada anti-israelí, llamada Flotilla de la Paz, aparte de banderas de Hezbolá, de Hamas, de la República Islámica de Irán y de insignias de la yihad militante, fue también llevada una pancarta en la que se podía leer: “La lucha contra Israel no es antisemitismo, sino antiracismo.”<sup>1</sup> En vista de una declaración semejante, que quizá queda singularizada por su claridad, aunque no por la argumentación que se refleja en ella, compartida por los críticos de Israel de todas las afiliaciones y que incluso sirve como un carné de cumplimiento reflexivo, así como de amor a la paz y a todos los hombres, se plantea la cuestión de cuál es la noción de racismo que sirve de base a la ideología antiracista y por qué esta tiene precisamente la necesidad de llegar a conclusiones semejantes.

Antiracistas rechazan la acusación de ser ellos mismos antisemitas rotundamente, como, no por último, se puede ver en la pancarta citada; una sensibilidad correspondiente al billete antiracista, que invoca el acuerdo entre los pueblos y la protección de las minorías, sirve de prueba que uno no puede ser antisemita, ya que uno no es racista. En esta argumentación ya se hace visible que, en el mejor caso, predomina una comprensión difusa del antisemitismo:

Este es considerado como una variación del racismo, como uno de muchos “racismos”<sup>2</sup>, que en este caso concreto se dirige contra los judíos, así como por otra parte la islamofobia toma por blanco a los musulmanes. Esta falta interesada de comprensión es la que está al fondo de la charla sobre “similaridades estructurales entre el antisemitismo y la hostilidad al Islam”, y el repertorio (que se las da de crítico) de los que argumentan así ha aprendido entretanto a incluir, tanto por reflejo como sin contenido, la cautela de que esta observación de paralelas sucede “sin querer imponer equiparaciones vulgares.”<sup>3</sup>

Dicen que el racismo en general resulta del odio a lo extraño y del miedo del desconocido, es decir que es un prejuicio en el sentido estrecho de la palabra. El antisemitismo en particular se les presenta correspondientemente como una xenofobia y discriminación de judíos. El odio revolucionario nacional contra el sionismo, que se expresa en eslóganes de lucha antiracistas como el citado al inicio, según esta comprensión no puede ser considerado como antisemitismo - no por último porque el resentimiento hostil a la razón y a la civilización pertenece al equipaje básico de los que nos advierten de la islamofobia, a su noción del racismo y a

la crítica de Israel así mediada.<sup>4</sup> Bajo el lema de combate “islamofobia” queda entretanto subsumida cualquier crítica del Islam y de su práctica política - aunque sus propagandistas aseguran cándidamente que no objetan “de ninguna manera a la crítica de fenómenos singulares en el Islam”<sup>5</sup> - y en un paso adicional este concepto es entendido como un fenómeno equivalente, o incluso mucho más urgente, que los “aspectos judeofobos” del “discurso” musulmán<sup>6</sup>. Aparte de los autores ya anotados, las publicaciones del Centro para la investigación del antisemitismo de Berlín (*Zentrum für Antisemitismusforschung*) o las del autor de la revista *konkret*, Kay Sokolowsky<sup>7</sup> - para citar solo dos ejemplos relativamente arbitrarios - atestiguan elocuentemente esta situación<sup>8</sup>

### **Sobre la relación del racismo al antisemitismo**

La crítica materialista por su parte tiene que remarcar que el racismo representa históricamente la biologización de declives de productividad. Como apariencia socialmente necesaria de la práctica colonialista, el racismo resultó de que la valorización de fuerza laboral colonial fue disuelta en naturaleza - es decir, que las fuerzas coloniales de labor fueron reducidas a la naturaleza, a una existencia casi animal. Los colonizados fueron proyectados como “inferiores de valor” y su posición social fue naturalizada. Su aparición en forma de fuerza laboral colonial fue tomada por su ser verdadero, así que superficialmente pareció que el trato inferior correspondía con una “inferioridad natural”, mientras por el otro lado la colonización parecía

resultar de una “superioridad natural” de los europeos.<sup>9</sup> En los tiempos del colonialismo y de la esclavitud, es decir, en tiempos de la imposición del mercado mundial, esta torcedura de percepción, racionalizadora de la opresión, se adhirió a una diferencia social real, la entre la subjetividad capitalista y la ante-capitalista.<sup>10</sup> Pero esta diferencia ya no existe - lo que no significa que la proyección torcedora se haya disuelto y desaparecido. Aún más, esta ha experimentado una transformación y generalización, y ahora satisface una necesidad psíquica universal de los sujetos capitales<sup>11</sup> constituidos en la crisis.

Por lo tanto, hay que entender el racismo como una torcedura objetiva, por la cual los únicos alucinan su propia utilidad para la valorización o su afiliación a una comunidad por criterios naturales. Escinden el miedo universal, que prevale en la sociedad posburguesa, de quedar expuestos de la propia superfluidad, producida socialmente, y proyectan ese miedo al mundo exterior. La manía identitaria es, vista así, una ideología proveniente de la competición, una delimitación y en fin declaración de hostilidad contra los que no pertenecen al colectivo propio. En estos se reconoce, tan torcida y delusionalmente como sea, la fuerza laboral del competidor y así el igual, que al mismo tiempo tiene que ser exorcizado, lo que se logra por su reducción nocional a naturaleza, inútil para la valorización. Es precisamente entonces cuando el igual es declarado por desigual, lo que este último en verdad no es, en la realidad del mercado impuesto mundialmente y en su subjetividad. Cuánto aún aparece el competidor en esta forma de pensar racista, y cómo poco la proyección de la propia aprovechabilidad, que basa en la

pertenencia “natural” o “cultural”, es creída del todo por los que alimentan ilusiones semejantes, se demuestra en el escenario sincrónico, forzoso, pero contrario, en el que los mismos inmigrantes, que supuestamente, siendo mera naturaleza, son ineptos al trabajo valorizador, solo vienen a “nosotros” para “robarnos el trabajo”. Contra la noción dominante de qué es el racismo hubiera que objetar críticamente que el racista y xenófobo precisamente no odia a lo ajeno y extraño - a la diferencia, como diría el argot posmoderno - en el extranjero, sino que odia a la igualdad. Lo que le aborrece al xenófobo, y contra lo que erige desesperadamente su particularidad nacional, es la igualdad y indistinguibilidad de los individuos constituidos como sujetos en el proceso de la valorización capitalista - y por medio de esta igualdad su propia intercambiabilidad y sustituibilidad.

Pero en tiempos del mercado mundial impuesto y de su producción en masa de superfluos en el progreso de la valorización no hay ningún criterio de parecer natural - como el color de la piel - que les garantice a los únicos acceso al servicio productivo y así a su pertenencia al colectivo de los superiores. Pero precisamente este hecho coerce a estos únicos a insistir en la propia inconfundibilidad y a la imputación de atributos a los competidores, los que presentan como a extraños o no pertenecientes. Este hecho preciso explica la búsqueda aumentada por identidades colectivas en los últimos años: la búsqueda por una identidad indefraudable, cuyo reconocimiento les garantizará a los individuos su “plazo en el sol” - es decir en el taller. Por ejemplo: el disputa ante el Juzgado Laboral alemán (*Arbeitsgericht*) sobre la cuestión si los

alemanes del Este son una etnia propia y por eso sujetos de la ley anti-discriminatoria<sup>12</sup>, solo es una aparición, a la primera vista irrelevante y absurda, de esta tendencia social. La indistinguibilidad de las mónadas pre-establecidas para la productividad capitalista y para la lealtad al Estado les propulsa a la afirmación de la diferencia. Les propulsa a la averiguación de criterios indudables que den base a la afiliación al colectivo “propio”, que permitan a excluir a los que se les atribuye de ser extranjeros y que garanticen el acceso a los comederos para los que se etnifican a sí mismos, presentándose de “otros”, dignos de protección.

Pero en vez de criticar la arbitrariedad de las imputaciones colectivas e identitarias como expresiones de la igualización negativa por parte del Estado y del capital, el antiracismo participa en la ocultación de este mismo mecanismo. La proyección de la diferencia colectiva no es criticada como resultado del deseo de los sujetos capitales, y no es denunciada como intento delusional de escaparse de la igualización por medio de la competición, sino que mucho más es afirmada. Sencillamente, la diferencia pasa a ser positiva con el reconocimiento de la “diversidad de las culturas”. Este antiracismo asimila el impulso racista, que no afirma la diversidad humana en el sentido individual, sino siempre como expresión de un colectivo inescapable. Así lo escribe Iman Attia en su libro *La ‘cultura occidental’ y su otro [Die ‘westliche Kultur’ und ihr Anderes]*: “En una perspectiva crítica de la sociedad y partiendo de una base de nociones, cuestiones y tareas sociológicas, la ciencia social post-estructuralista complementa con la

categoría 'cultura' las categorías hasta ahora centrales de la estructura y del sujeto. Como nexo de unión entre la estructura y el sujeto, la cultura es la área en la que los sujetos actúan en las estructuras, se apropian de ellas, las producen y transforman. [...] Este proceso, en el que los sujetos y las estructuras se relacionan, encuentra su marco y su expresión en la cultura.”<sup>13</sup>

Lo que aquí se las da de crítica de la sociedad es exactamente el contrario, o sea la reproducción conceptual de la realidad social en lugar de su penetración crítica: El reconocimiento de los humanos no sucede como un reconocimiento de ellos por ser individuos particulares, sino como ejemplares del sujeto colectivo. Los únicos quedan desindividualizados y convertidos en representantes de culturas ajenas claramente demarcadas, y cualquier crítica es entendida como una arrogación eurocentrista. Para dar aquí no más de un ejemplo entre muchos, sea citado un ensayo de Sawitri Saharso, que se encuentra en el libro *Libertades coercivas. Multiculturalidad y feminismo [Zwangsfreiheiten. Multikulturalität und Feminismus]* de Birgit Sauer y Sabine Strasser. En su texto, Saharso explica que llamar la extirpación del clítoris una mutilación y querer prohibirla es racista: “Pero el problema de una semejante prohibición es que muchos modos de vivir están vinculados a prácticas de la discriminación sexual. Aunque me alegraría si nos afiliáramos todos a convicciones feministas, tenemos el derecho de elegir prácticas discriminadoras en las nuestras vidas privadas. Prohibir a una práctica por ser sexualmente discriminadora significaría que todas estas prácticas quedarían ilegales. Pero eso coartaría ilícitamente

las libertades políticas.”<sup>14</sup> Un anti-racismo como este, que se tiene seriamente por portavoz de los oprimidos, se basa en una identidad cultural de los hombres y los pueblos, entendida positivamente, y no se arredra de proteger hasta a los crímenes mas atroces bajo el término de “libertad personal”, los pone bajo “protección ecologista” y de esta manera prohíbe que sean criticados.

Tanto el racismo como el antiracismo son formas de pensar objetivas de la socialización productora de mercancías; y como tales estas formas son expresiones de la manía con la que los sujetos capitalizados se quieren asegurar de una afiliación irrevocable (naturalmente solo existente en la imaginación) al colectivo, a la comunidad de los imprescindibles. Así no es posible superar a la coerción universal que nos obliga a demostrar la utilidad y consumibilidad propias para el proceso de la valorización, que siempre son exigidas, pero nunca garantizadas. La comunidad, harmónica en la alucinación, se desmascara repetidamente como una relación coerciva de competidores que no pueden escapar de la alineación al proceso capitalista, el cual no es mantenido por nadie más que por ellos mismos. Se encuentran en una situación objetiva en la que están sometidos a la igualización negativa en la competición, que por una parte les impone su subjetividad permanentemente, pero al mismo tiempo y con la misma permanencia la amenaza y socava. Esto resulta en un odio contra el principio igualizador y contra todo lo que es identificado con él. El “sujeto automático” (Marx), producido y reproducido por las actuaciones sociales de los únicos, es concretizado en un acto de externa-

lización como si fuera un poder sobre ellos, al que quieren fijar en forma de agresor: En las imágenes de capital financiero y de especulación<sup>15</sup>, globalización, arrogancia y desmesura occidental etc. “La hostilidad de los pueblos contra la globalización exterior corresponde a la hostilidad de los sujetos colectivos al corruptor interno. En forma múltiple renace el ‘principio eterno judío’, ese que siempre niega [...]”<sup>16</sup>

Los sujetos capitalizados se alucinan un principio negativo personificado, en el que proyectan todos los fenómenos de crisis de la moderna, al que le atribuyen así omnipotencia y omnipresencia, y que es declarado responsable por todas las maldades e injusticias. En este sentido resuena un momento revolucionario social en el antisemitismo - habla de un principio negador que hunde a los hombres, los pueblos y las culturas en la miseria, que socava y corrompe a su identidad; a este principio, según la noción, hay que agarrar para finalmente fijar y aquietar la identidad por una vez. En este contexto preciso hay que entender la pancarta citada en el principio: El Estado judío queda proyectado como ese agresor racista que combate las culturas, diferencias y “prácticas” (Saharso) dignas de protección y conservación, para poderlas someter y explotar, y el intento de ponerle trabas a Israel en este combate aparece como un deber antiracista.

Existe una diferencia fundamental entre el racismo y el antisemitismo: El primero “se acontece *dentro del ámbito* de la igualización y la competición, mientras el antisemitismo se dirige *contra* la igualización fundada por el intercambio de los individuos como sujetos capitales.” Es decir, que el anti-

semitismo interpreta la igualización como una conspiración y la proyecta en personas empíricas, las cuales desea eliminar sin consideración de sus particularidades. “Antisemitismo es la revuelta barbárica de todos los que van cargados de resentimiento y de ira sacrificadora, y no importa aquí con cuales pretextos ‘racistas’ se quieren atacar mutuamente además.”<sup>17</sup> Esto también es la razón de porqué se puede congrega una masa, a la primera vista tan heterogénea, bajo esa pancarta anti-israelí, como pasó en la manifestación de Viena el cuarto de Julio 2010: Trotskistas internacionalistas, islamistas árabes, nacionalistas kurdos, fascistas turcos de los *Lobos Grises* y la “Resistencia feminista contra la guerra imperialista”<sup>18</sup> - la referencia al enemigo común, el odio común contra lo abstracto y el anhelo por una comunidad indefraudable crean la unidad de la Internacional antisemita; esta mezcla indigestible posibilita la constitución de una masa de bandas acosadoras que mutuamente están como perros y gatos.

Solo el antisemitismo se presenta como una interpretación general del mundo y declara una hostilidad existencial, se moviliza sin consideración de ningún criterio individual o social y reduce a los afectados por él a meras víctimas, a material para la exterminación. Él es la rebelión autoritaria contra la constitución recíproca y con carácter de crisis de los individuos fijados como sujetos capitales, y al mismo tiempo es la ejecución consciente de los rasgos barbáricos, que la socialización, mediada por el capital, produce desde su propio interior durante su progreso. Así que el antisemitismo tiene que ser caracterizado como una revuelta fetichista contra el capital basada en el capital, y exactamente en

este punto, en queriendo ejecutar una rebelión conformista contra el capital sobre su propia base, se iguala el anticapitalismo de ética de credos, profesado por los antiglobalistas y los panarabistas, los islamistas y los anti-imperialistas, y esto también explica porqué el antisemitismo es un momento necesario de todas estas ideologías, o sea precisamente el momento vinculante que ha permitido que se encontraran sus vanguardias respectivas a borde de la Mavi Marmara.

### **Antiracismo en forma de anticapitalismo**

El anticapitalismo espontáneo, para el que en Alemania hay un ejemplo clásico en el partido *Die Linke (La Izquierda)*, interpreta la explotación y la depauperación como resultados de intenciones egoístas y avariciosas. Por lo demás las comprende como discriminación racista y saqueo de los pueblos del tercer mundo y aspira a accionar la agrupación de los miserables a un colectivo de los que se defienden y se vengán, como se podía ver bien durante los acontecimientos durante la excursión de piratas con rumbo a Gaza. Corresponde exactamente a la ideología antiracista que la militante del partido *La Izquierda*, Anette Groth, se entusiasme por el “ambiente fantástico” a borde de la *Mavi Marmara*, cantos de guerra incluidos, y que el militante del mismo partido, Norman Paech, declare que en esa “animación abigarrada” se sintió como en un “bazar”<sup>19</sup>. Corresponde exactamente a esta disposición que ambos no quieren reconocer nada más que una diversidad harmónica y pacífica de las culturas, hasta que la soldadesca

israelí acabó violentamente con esa animación alegre y abigarrada y fue, según el relato de los izquierdas con todo el derecho, confrontada con una violencia que nos aseguran de no ser nada más que mera contraviolencia y autodefensa.

El grupo de trabajo *BAK Shalom* (del partido *Die Linke*), aquí tomado como un ejemplo que representa a organizaciones que se alucinan a si mismas de ser opositoristas, ayuda a tapar a esa lógica delusional con una hoja de higuera cuando, en su declaración de “suporte de ‘la flota de la paz’”, les da primero gran respeto a los compañeros Höger, Paech y Groth por “las circunstancias desfavorables que sufrieron”, luego les riñe un poco por haber exagerado algo cuando, en principio irreprochables por esto, “contestaron la política de bloqueo israelí”, y en fin socava la soberanía del Estado de Israel dándole consejos astutos y reivindicando como los demás una comisión investigadora internacional<sup>20</sup>.

El antiracismo mismo es el que no puede comprender al racismo como una forma de pensar objetiva de la socialización mundial capitalista. Por el contrario, lo ve como cifra sin antonomasia de toda la injusticia y se impone a si mismo como modelo de interpretación rencorosa de cualquier proceso social. Para nombrar también aquí no más que un ejemplo: En el prelude de la conferencia tristemente célebre de Durban II en Génova año pasado, el *Foro para los derechos humanos en Israel/Palestina*, al que por ejemplo pertenecen Amnistía Internacional y la Caritas de Suiza, hizo una Conferencia de revisión de Israel el 19 de abril 2009. En esta, con todo el serio, piscinas israelíes fueron declaradas por

medios de opresión racista que les roban el agua a olivares enraizados en el terrón palestino<sup>21</sup>. Como ya observó Leo Löwenthal en los años cuarenta, esta especie de agitación no sirve para nada más que para fomentar “los rencores contra los excesos del lujo.” En su estudio “Falsos profetas”, él explica: “El agitador traza un bizarro dibujo de posesiones lujuriosas sobredimensionadas, [...] donde abundan las piscinas.”<sup>22</sup>

El antiracismo que argumenta así es un movimiento anticapitalista que se ha dedicado a la generalización de la miseria, y los que comparten esta dedicación esperan solo una recompensa: El permiso de pagarla con los pecadores, corruptos por el lujo, cuando les caigan en las manos como presas para un sacrificio. La agitación tiene por meta la transformación de la sociedad en una autoadministración identitaria y comunitaria de la miseria. Los pueblos y colectivos a proteger quedan caracterizados por una moral rígida de abnegación y una demanda agresiva de un status de víctima que los sostengan juntos, y el status de víctima les permite a presentarse como esa “inocencia perseguidora” (Karl Kraus) que se oye en las declaraciones de Groth y Paech. Esta pretensión posibilita, mientras se persigue al causador imaginario de las condiciones sociales que entiende por maldades y injusticias, a sentirse y a actuar como una víctima, afirmando de estar meramente reaccionando a un agresor exterior, siempre en plena autodefensa. Por eso, el filósofo Jürgen Habermas caracteriza a los atentados suicidas de bandas islamistas y panarabistas como reacciones psicológicamente comprensibles, con las que una “población arrancada de sus tradiciones

culturales” por una “erradicación violenta” reacciona contra “una irresistible provocadora banalizante [...] de una cultura de bienes de consumo materialísticamente niveladora.”<sup>23</sup>

Correspondientemente hay que ver - así Habermas en un otro ensayo, corregido con Jacques Derrida - al terror yihadista como un movimiento que arregla las cuentas con el occidente “por la violencia de una moderna impuesta y desarraigadora”<sup>24</sup>. La causa de los atentados suicidas no deben ser los yihadistas en su odio contra el occidente, sino el occidente mismo, arrogante y presuntuoso, que impone su cultura sobre todo el globo, y provoca realmente una resistencia antiracista semejante. En consecuencia, esta no es entendida como guerra, sino expresamente como necesidad lógica de la conservación de la cultura - aunque a veces excesivamente violenta - y así la desinhibición antioccidental queda inmunizada contra cualquier crítica. Por medio de la autoincapacitación que viene con la afirmación de un status de víctima, los colectivos y sus portavoces no solo prohíben cada intervención, sino también cada crítica por ser arrogancia etnocentrista o eurocentrista y racismo. Por ejemplo, Judith Butler escribe en su ensayo *Detención indefinida [Indefinite Detention]* observando a combatientes yihadistas: “Si suponemos que cada humano ejerce la guerra como lo hacemos nosotros, y que esto es una parte de lo que le hace reconociblemente humano, [...] entonces utilizamos un marco cultural definido y definidor para nuestra comprensión de lo que significa ser humano.”<sup>25</sup> Y sigue: “Si esta violencia es terrorismo en vez de violencia, queda entendida por una actuación sin meta política, o no puede ser interpretada

políticamente. [...] Que es un extremismo islámico o un terrorismo significa simplemente que la deshumanización, causada por el orientalismo, es llevada al extremo, así que esta forma de guerra - por causa de su singularidad y excepcionalidad - queda excluida de las consideraciones de la universalidad y de la protección por parte de la civilización.”<sup>26</sup> Aquí tampoco son los yihadistas los que, como se pudiera leer en cada una de sus declaraciones, combaten plenamente autoconscientes contra la civilización y la quieren aniquilar, no son ellos los que se esfuerzan a barbarizar las condiciones, sino el occidente racista con sus ideas universalistas, por ejemplo sobre el derecho de guerra. Mientras la lucha contra el racismo, como durante el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos de los años sesenta, criticaba y movilizaba contra la exclusión de ciertos grupos de la población a los derechos universales, el antiracismo hace un giro total: Afirma que categorías racionales son racistas, ya que occidentales. Él denuncia y reprocha el universalismo por particularista - hasta que no incluya hasta el crimen más cruel bajo el nombre de la cultura. El universalismo que Butler se imagina es el de la división completa en parcelas culturales concretas, en contra de las nociones generales abstractas.

Este antiracismo es - como ya mencioné - expresión de una revuelta conformista contra el capital. No resulta de un deseo de emancipación, sino que es el contrario exacto de una revolución emancipadora al máximo nivel de socialización existente. En lugar de esto, quiere salvar lo concreto-natural por medios de un ataque unilateral contra los aspectos, escindidos por abstractos, de la pro-

ducción de mercancías y corresponde en este punto exactamente a la forma de pensar antisemita. La forma de la socialización de tipo valorizante, mediada por el dinero, no es criticada por ser irracional y porque la individualidad que instituye como un apéndice de la valorización de valores sea ideológica y de crisis. La sociedad y el individualismo mediado por ella son más bien denunciados, porque ya no se piensa en una sociedad de individuos, y ni hablar de realizarla, sino que no más que un parque zoológico mundial de las etnias, con culturas diversas y otras identidades colectivas. Butler formula en su *Crítica de la violencia ética [Kritik der ethischen Gewalt]* que “en mí labora una otra historia y es imposible de distinguir entre el ‘yo’ y el ‘tú’ - de la cantidad de ‘tús’ - que inhabita y expropia a mi anhelo desde el principio.”<sup>27</sup> En todos nosotros hay una historia, una estructura, un ser de proveniencia heideggeriana que implica que todos nosotros “no estamos definidos exactamente, no estamos separados realmente, sino corporalmente entregados mutuamente para bien o para mal, uno en las manos del otro.”<sup>28</sup>

Los representantes de esta ideología delatan abiertamente que el antiracismo, presentándose como ética filantrópica y de responsabilidad, se alimenta de orígenes turbios como el odio al competidor, que se revela claramente en la estereotipia inmediata racista y es sencillamente pasado al positivo en la estereotipia antiracista. Por ejemplo, Judith Butler está descontenta con el hecho de que el occidente, en su centraje arrogante en la razón y la salud, no afirma “la puesta en peligro de la vida”<sup>29</sup> como el existencial humano indefraudable, sino que intenta mucho más a

desrealizar y a blanquear ese peligro en su represión de la muerte y de la locura. Es solo una fina pátina de racionalización que cubre su voyeurismo, ansioso de morir, cuando indica al sentimiento de arrepentimiento y luto que provocaron “las imágenes de niños quemados con napalm” en la guerra de Vietnam. Lamenta que los “medios ya no enseñan imágenes semejantes” y por eso, las vidas humanas “no nos aparecen en su puesta en peligro y su aniquilación [...]. Bajo las condiciones actuales de la representación” continúa, “no podemos ni oír el grito torturado ni ser coercidos o obligados por medio del rostro. [...] ¿Cuáles medios nos dejarán saber y sentir esa fragilidad y así llegar a los límites de la representación, como se cultiva y es mantenida ahora?”<sup>30</sup>

La ética completa de Butler es una apoteosis del sufrimiento como existencial humano. En su discurso se buscará en vano una exigencia de reconciliación, ella más bien la denuncia de ser una altanería presuntuosa del sujeto moderno, y en este sentido no hay papel para la noción de la felicidad en su filosofía: Lo humano digno de protección, con ella es mucho más el “grito del sufrimiento humano”, que no permite ninguna representación directa<sup>31</sup> - una “vocalización del suplicio”<sup>32</sup> que nos toma en un cautiverio de rehenes. La meta de las publicaciones de Butler no es el criticar y abolir de estos hechos, sino de convertirlos en el programa de una ética que propaga decididamente la afirmación de “el cautiverio en el corazón de las nuestras relaciones”<sup>33</sup>. Para Butler, el no reconocer a este cautiverio, y por tanto a la morbilidad de la vida humana es el pecado mortal del occidente y de su subjetividad. La última es, en sus ojos, una sola actuación

para escaparse de la vulnerabilidad indefraudable de toda vida humana. Dice que el pensamiento occidental alimenta a un “narcisismo moral”, cuya sensación de placer basa en su capacidad de trascender el mundo concreto<sup>34</sup> - es decir que quiere abolir el suplicio, el sufrimiento y la exposición a la muerte, siendo todo esto una alucinación arrogante según Butler. Denunciando a cualquier pensamiento que exceda de la inminencia, como resultado del dominio moderno del sujeto y de su auto-preparación, el sionismo le llama la atención - ¿a quién le sorprenderá? Es aquel movimiento político que no estaba dispuesto a conformarse con el papel sacrificial de los judíos, sino que quiere acabar con este o por lo menos limitarlo por medio de la creación de un Estado capaz de defenderse. La empatía con el sufrimiento y la denuncia de cualquier intento de abolir lo inhumano en el mundo<sup>35</sup> caracterizan la manera de pensar de Judith Butler y esto se impone en sus conocidos resentimientos. Por ejemplo, critica el intento de Emmanuel Lévinas a considerar el significado del holocausto en vista a una ética de la responsabilidad, como versión alternativa a la exigencia de ser el pueblo elegido<sup>36</sup>. Dice Butler que las consideraciones de Lévinas son una “representación escandalosa del pueblo judío”, una estrategia sionista de legitimación que autoriza “el recurso ilimitado a la agresión en nombre de la autodefensa”<sup>37</sup>. Mientras comprende al sionismo como una “agresión asesina”, le concede displicente a Lévinas que su forma de pensar “en este caso fue verdaderamente marcada por heridas y insultos”<sup>38</sup> que este sufrió. Hay que saber en este contexto que los padres de Lévinas cayeron víctimas de la exterminación nacionalsocialista, la cual, para Butler,

según su teoría de inscripción discursiva, no es mucho más que una herida por medio de actos locutores performativos y por etiquetas discriminatorias<sup>39</sup>: La trivialización y el proceso de despacho postestructuralistas de Auschwitz no pueden quedar más visibles.

Queda claro que Butler aquí es indicada como personaje ejemplar de la ideología antirracista si echamos una otra vista en el libro ya citado *La 'cultura occidental' y su otro*. En este, Iman Attia escribe que hay “una corresponsabilidad alemana en la situación de los fugitivos del Oriente Medio”, es decir “por culpa del asesinato y el destierro de los judíos y las judías por parte de los nacionalsocialistas, que reforzaron el sionismo político y así el apoderamiento de territorios y el destierro de l@s palestín@s.”<sup>40</sup> La “contribución alemana a la colonización del ‘oriente’ antes del nacionalsocialismo”, continúa Attia, quedó inhibida, ya que el Imperio alemán estaba aliado con el Imperio otomano y no quería meterle trabas a sus intereses. “Durante el nacionalsocialismo, el Imperio alemán no demostró ningún interés en ayudar a los judíos y las judías (¡sic!). En este contexto hay que ver la contribución alemana a la colonización de Palestina, vinculada a la política exterminatoria (holocausto) y al antisemitismo aumentante, en cuya consecuencia fue iniciada la fundación de un Estado propio como solución.”<sup>41</sup> Mientras Attia va racionalizando la exterminación del judaísmo europeo, declarando a los palestinos de ser las verdaderas víctimas de esta, Butler lo hace de manera que ve al holocausto, dado el caso que lo mencione, solo como una “herida”, por culpa de la cual Lévinas se convirtió sionista, así que la “agresión asesina”

también toma parte en la colonización de Palestina. En su análisis crítico llamado *Lenguaje, política, pertenencia* del libro *Elementos y orígenes del dominio total (Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft)* de Hannah Arendt, Butler no menciona ni al antisemitismo ni a la exterminación con una sola palabra. El nacionalsocialismo se presenta aquí como “aquellos tiempos” en los que “la gente fue deportada, perdió sus derechos, fue expulsada de sus casas o tratada de segunda clase.”<sup>42</sup> Y el holocausto no debe aparecer de ninguna otra manera, ya que Butler quiere presentar a Israel y los EE.UU. como los herederos de esta política; como herederos que incluso superan esta política, porque aunque el “ejercicio extralegal de la soberanía”<sup>43</sup> ciertamente no es “nuevo”, el “mecanismo” con el que Israel y los EE.UU. hacen uso de este instrumento para lograr sus metas, representa una “singularidad”<sup>44</sup>. Por otra parte, Butler ve a los atentados del 11-S como “decentración”, por medio de la cual Al Qaeda demostró la vulnerabilidad constitutiva de la vida. El yihadismo, para ella, es casi un decreto de la existencia que denuncia al descuido existencial altanero de los sujetos soberanos, y así contribuye a la “pérdida de la arrogancia del primer mundo”<sup>45</sup>. Pero los EE.UU. no han aprovechado de esta “experiencia de humillación”<sup>46</sup> y al contrario, para reinstalar su status de sujetos, han empezado la *Guerra contra el terrorismo* como un “circuito de violencia en el nombre de la justicia”<sup>47</sup>. Haciéndose así impermeables contra la existencia, continúa Butler, fundando orden por medio de la demonización y aniquilación de la diferencia fijada en el Islam, convirtieron “la violencia, en nombre de su negación, en un estado permanente”<sup>48</sup>, una violencia que no solo

se expresa en la plena guerra, sino también en la cultura universalista que imponen los EE.UU. al mundo. En este conjunto Butler le otorga “significados culturales importantes” al burka, como medida de legítima defensa contra la imposición racista de valores occidentales: La burka representa “a la pertenencia a una comunidad y religión, a una familia”, es “un ejercicio de modestia y orgullo” y sirve “de velo [...], tras él y por él puede ponerse en efecto una capacidad femenina de actuar.”<sup>49</sup> Correspondientemente comprende a la crítica de la burka como “explotación imperialista cultural del feminismo”<sup>50</sup>, como parte de un programa para la “exterminación de la cultura musulmana” que sirve a la “propagación de suposiciones culturales americanas, de sobre cómo organizar y representar la sexualidad y la capacidad de actuar.”<sup>51</sup>

Según Butler, esta violencia solo es superada por la israelí: Para ella, el Estado judío es la esencia del Estado Nacional en oposición al Estado post-soberano, al Estado de autodeterminación que Butler ve erigiéndose por medios del Corte Penal Internacional<sup>52</sup> y en Palestina. Israel opone al Estado de autodeterminación que desnacionaliza el territorio y deforma la soberanía<sup>53</sup>. Israel como Estado Nacional por excelencia, gana, según Butler, su soberanía por medio de expulsión, privación de los derechos y instalación de Gaza como “prisión al aire libre”<sup>54</sup>, siendo todo esto “permutaciones del poder del Estado”<sup>55</sup>, con las que inscribe orden nacional en los hombres caracterizados por la diferencia. Por medio de esta inscripción - en cuanto a Israel, de repente Butler reconoce a inscripciones que no son meros discursos, que son más que “heridas y insultos” como las que sufrió

Lévinas por parte del nacionalsocialismo - Israel logra su soberanía como una “disposición específica de poder y medios de presión expresamente dedicados a crear y a conservar la situación y la condición del expropiado”<sup>56</sup> y así la soberanía, en la ideología de Butler, es la encarnación de un sistema racista de apartheid por antonomasia.

En consecuencia llama Gaza un gueto y se declara solidaria con la Hezbolá<sup>57</sup>, a la cual apostrofa como un grupo de resistencia por la “autodeterminación del pueblo libanés”<sup>58</sup>, y se solidariza con la Hamas, a la que cuenta a los “movimientos sociales progresivos” y a la “izquierda mundial”, en la que Butler se localiza a sí misma<sup>59</sup> - aunque desea que se entienda esta solidaridad por crítica, porque, como ya lo hicieron Habermas y Derrida, quiere que la cuestión de la violencia en la lucha contra “el colonialismo y el imperialismo” sea resuelta un poco de otro modo<sup>60</sup>. Así se ha cerrado el círculo y hemos llegado a la pancarta citada en el principio: La lucha contra una universalidad racional, es decir contra la emancipación general humana, que es lo que representa el antiracismo de hoy, por necesidad se junta a la lucha contra Israel - cosa que se puede demostrar mediante su teoría y en su práctica, por ejemplo en las manifestaciones que protestaban a la defensa de la soberanía israelí contra los que querían romper el bloqueo de Gaza en la *Mavi Marmara*.

## Notas

1. Imágenes de esta manifestación bajo: <http://www.flickr.com/photos/49643818@N03/4669493990/in/set-72157624078673959>.
2. Gudrun Harrer, *Die Angst vor dem "Muselblut" [El miedo a la "sangre de moro"]*, en: *Der Standard*, Álbum del 28 de agosto 2010, p. A11.
3. *Ibíd.*
4. Como muestras ejemplares sean indicados dos de los libros, recomendados por Gudrun Harrer en el artículo del *Standard* citado, por ser obras de "especialistas": John Bunzl/Alexandra Senfft (ed.), *Zwischen Antisemitismus und Islamophobie. Vorurteile und Projektionen in Europa und Nahost [Entre antisemitismo y islamofobia. Prejuicios y proyecciones en Europa y Próximo Oriente]*, Hamburgo 2008 y John Bunzl/Farid Hafez (ed.), *Islamophobie in Österreich [Islamofobia en Austria]*, Innsbruck/Viena/Bolzano 2009. Los ensayos recolectados en estos dos tomos ofrecen más que suficiente material ilustrativo para el complejo aquí constatado. El ensayo *Zwischen Antisemitismus und Islamophobie. Überlegungen zum neuen Europa [Entre antisemitismo y islamofobia. Consideraciones sobre la nueva Europa]* de Matti Bunzl debe haberles gustado tanto a los editores que lo publicaron en ambos tomos idénticamente. En su ensayo, Bunzl declara a la dedicación con el antisemitismo de ser irrelevante, porque este ya "ha tenido su momento", ha llegado a la "insignificancia", se ha vuelto "de poca importancia" y "obsoleto" (p. 61 y 39 y siguiente), es decir que representa no más que una categoría del pasado: "Europa tiene que confrontarse con el problema del antisemitismo, bajo consideración de su historia especial. Pero la cuestión de la islamofobia es mucho más urgente, en tanto con respecto al futuro de Europa como la situación general geopolítica", porque si no, "el aumento del antisemitismo sería el nuestro problema menor". (p. 73 y siguiente ó 48)
5. Gudrun Hauer, *Die Angst vor dem "Muselblut"*, óp. cit., p. A11
6. John Bunzl, *Einleitung [Introducción]*, en: Ders./Alexandra Senfft (ed.): *Zwischen Antisemitismus und Islamophobie*, óp. cit., p. 15.
7. Kay Sokolowsky, *Feindbild Moslem [El musulmán, concepto de enemigo]*, Berlín 2009.
8. Por ejemplo Wolfgang Benz, director del *Centro para la investigación del antisemitismo en Berlín*, que el 26 de mayo 2005 constató en la emisión *kulturzeit [tiempo para la cultura]* de la antena *3sat*, refiriéndose a la denominación por parte del dúo de artistas danés *Surrend* del corresponsal de la *Jerusalem Post* como periodista del periódico nazi *Stürmer* y parte del lobby judío en Alemania, que todo esto no tiene que ver nada con antisemitismo.
9. Compárese: Peter Schmitt-Egner, *Rassismus und Wertgesetz. Zur begrifflichen Genese kolonialer und faschistischer Bewußtseinsformen [Racismo y ley de valorización. Sobre el génesis de formas de consciencia coloniales y fascistas]*, en: Hans-Georg Backhaus (ed.), *Gesellschaft. Beiträge zur Marxschen Theorie [Sociedad. Contribuciones a la teoría de Marx]*, no. 8/9, Frankfurt/M. 1976.
10. Compárese y véase sobre las contradicciones en las que el racismo se lía por esto, Clemens Nachtmann: *Rasse und Individuum. Plädoyer für eine vollendet künstliche Amoral [Raza y individuo. Alegato en favor de una amoralidad perfectamente artificial]*, en: *Revista Bahamas*, no. 58/2009, p. 53 y siguientes.
11. En general y con algunas excepciones prefiero el término "sujeto capital", porque "capitalista" se ha convertido en un término muy gastado en la teoría y práctica de la izquierda. "Sujeto capitalizado" siempre tiene un cierto momento estructuralista: los sujetos no solo son capitalizados pasivamente, sino que tienen que hacerlos ellos mismos. Por esta razón recurro al término "sujeto capital".



24. Jürgen Habermas/Jacques Derrida, *Der 15. Februar – oder: Was die Europäer verbindet [El quince de Febrero o: Lo que unifica a los europeos]*, en: *Der gespaltene Westen*, óp. cit., p. 51.
25. Judith Butler: *Unbegrenzte Haft [Detención indefinida]*, en: *Gefährdetes Leben. Politische Essays [La vida puesta en peligro. Ensayos políticos]*, de la misma autora, Frankfurt/M. 2005, p. 109.
26. *Ibíd.*, p. 108.
27. La misma autora, *Kritik der ethischen Gewalt. Adorno-Vorlesungen 2002 [Crítica de la violencia ética. Clases magistrales de Adorno 2002]*, Frankfurt/M. 2007, p. 102.
28. *Ibíd.*, p. 136.
29. La misma autora, *Gefährdetes Leben*, óp. cit., p. 170.
30. *Ibíd.*, p. 177.
31. *Ibíd.*, p. 170.
32. *Ibíd.*, p. 165.
33. La misma autora, *Kritik der ethischen Gewalt [Crítica de la violencia ética]*, óp. cit., p. 124.
34. *Ibíd.*, p. 141.
35. *Ibíd.* p. 142 y siguiente.
36. Compárese *Ibíd.*, p. 125 y siguientes.
37. *Ibíd.*, p. 128 y siguiente.
38. *Ibíd.*, p. 128
39. Compárese: La misma autora, *Hass spricht. Zur Politik des Performativen [El odio habla. Sobre la política de la performación]*, Frankfurt/M. 2006
40. Iman Attia, *Die “westliche Kultur” und ihr Anderes*, óp. cit., S. 82.
41. *Ibíd.*, p. 83.
42. Judith Butler/Gayatri Chakravorty Spivak, *Sprache, Politik, Zugehörigkeit [Lenguaje, política, pertenencia]*, Zürich/Berlín 2007, p. 33 y siguiente.
43. Butler, *Unbegrenzte Haft*, óp. cit., p. 119.
44. *Ibíd.*, p. 112.
45. La misma autora: *Gewalt, Trauer, Politik [Violencia, luto, política]*, en: *Gefährdetes Leben*, óp. cit., p. 57.
46. *Ibíd.*, p. 43.
47. La misma autora, *Erklärung und Entlastung oder: Was wir hören können [Explicación y exculpación o: Lo que podemos oír]*, en: *Gefährdetes Leben*, óp. cit., p. 34.

48. *Ibíd.*, p. 35.

49. La misma autora, *Gefährdetes Leben*, óp. cit., p. 168.

50. La misma autora, *Gewalt, Trauer, Politik*, óp. cit., p. 59.

51. La misma autora, *Gefährdetes Leben*, óp. cit., p. 168.

52. “No creo que el Corte Penal Internacional haya criminalizado a la soberanía, pero ya es el caso de que quiere desarrollar una serie de mecanismos de protección internacionales que no están formulados en base de los Estados Nacionales, como aún lo estaba la Convención de Ginebra. La promesa pues es que será desarrollado un entendimiento posnacional de lo que podrían ser los derechos humanos.” (Butler/Spivak, *Sprache, Politik, Zugehörigkeit*, óp. cit., p. 68)

53. Compárese *Ibíd.*, p. 70.

54. *Ibíd.*, p. 10.

55. *Ibíd.* p. 12.

56. *Ibíd.* p. 9.

57. La misma autora y otros, *Solidaritätserklärung mit den Menschen in Libanon und Palästina [Declaración de solidaridad con la gente de Líbano y Palestina]*, bajo: <http://www.linke.cc/article.php?story=20060824181154493>.

58. La misma autora, *Unbegrenzte Haft*, óp. cit., p. 119.

59. Compárese *Judith Butler on Hamas, Hezbollah & the Israel Lobby [Judith Butler sobre Hamas, Hezbolá y el lobby israelí]*, bajo: <http://radicalarchives.org/2010/03/28/jbutler-on-hamas-hezbollah-israel-lobby/>.

60. Butler, *In diesem Kampf gibt es keinen Platz für Rassismus [En esta lucha no hay plazo para el racismo]*, Entrevista en la revista alemana *jungle world* del 29 de julio 2010, bajo: <http://jungle-world.com/artikel/2010/30/41420.html>.